

PROSPERIDAD DE GUERRA Y ESTANDAR DE VIDA

Communisme nº 11 y 12, febrero y marzo de 1938.

Dada la fase que atraviesa actualmente la evolución del Capitalismo mundial, creemos que es perfectamente posible definir algunas de sus características más notables simplemente echando mano del elocuente lenguaje que ofrecen las estadísticas burguesas. Aunque los marxistas han de mirar con la mayor circunspección el “barómetro” económico que le ofrece el enemigo, y esto evidentemente hay que tenerlo en cuenta, llega un momento en que la propia brutalidad de los hechos registrados termina despedazando el conformismo de las cifras: el Capitalismo ya no puede disimular por más tiempo la verdad que encierra la “previsión” marxista. Por su parte, el Proletariado, viendo como los acontecimientos confirman esta previsión, puede estar seguro de que hallará a quien le guíe a través de este laberinto, por la segura vía de su emancipación.

La situación actual obliga a hacer una observación capital a la que los garantes de este régimen, sea cual sea su ralea, no prestan atención sino a disgusto: ¿Cómo es que la “prosperidad” económica se ve arrastrada por una corriente violenta que impulsa la exacerbación de los contrastes sociales e incluso alimenta los focos de la guerra imperialista en España y en Asia? No es conveniente sin embargo apresurarse y concluir que se trata de una paradoja, pues en realidad existe un perfecto sincronismo entre estos dos fenómenos, lo cual se explica por la propia *naturaleza* de la reactivación económica.

No vamos a explicar de nuevo aquí lo que ya hemos dicho en otro lugar, a saber: que no nos encontramos ante un nuevo ciclo *extensivo* semejante a aquellos que conoció el Capitalismo en ascenso, sino ante un fenómeno que, en la decadencia capitalista, adquiere una importancia decisiva: la producción de guerra. Alimentando la economía, sus consecuencias desembocan en el agravamiento de los antagonismos de la Sociedad burguesa. Sin desarrollo armamentístico, *no hay reactivación posible*. Pero es esta misma “reanudación” la que precipita los acontecimientos...

Por eso actualmente vivimos en lo que un burgués clarividente ha llamado “prosperidad corrosiva”, es decir, una prosperidad que devora la riqueza social, un derroche colosal de trabajo humano y trabajo acumulado.

Bien podemos recordar lo que dijimos en su momento: que no hay analogía posible entre la expansión económica actual y los antiguos periodos de desarrollo. Para convencerse de ello, basta con comparar el movimiento de la producción mundial con el del comercio internacional, en cada uno de estos periodos, y confrontar los resultados.

Así, constatamos que la expansión de 1901-1906, que abarca desde la crisis de 1900 hasta la víspera de otra nueva crisis en 1907, se tradujo en un aumento de la producción (en volumen) del 22%, mientras que los intercambios mundiales aumentaron (en volumen) un 29%. Lo mismo sucede en el periodo 1908-1913, prólogo de la guerra mundial: 21% de alza de la producción y 30% del comercio. Y este mismo fenómeno se manifiesta incluso durante la fase de reconstrucción de 1921-1928, en el que se registró respectivamente un 50% y un 63%.

En los dos primeros periodos, el desarrollo desigual entre la producción y el comercio fue favorable para este último, lo que se explica por la apertura de nuevos mercados y la *predominancia* del mercado mundial sobre el mercado interior de cada Estado.

En la fase de expansión que sucedió a la crisis de readaptación de 1920, la velocidad del aumento de los intercambios, que en 1928 incluso superaban en 13 puntos a la producción, no se debió a una nueva extensión del mercado capitalista, sino que representó más bien una reacción normal ante la extrema contracción que la guerra imperialista había provocado en el comercio mundial, mientras la producción seguía funcionando intensivamente en beneficio de la masacre. Hasta el umbral de la crisis de 1929, durante el ciclo de reanudación económica, la actividad industrial permaneció pues por debajo de la actividad comercial. Y, entre paréntesis, habría que añadir esta otra afirmación, que no contradice la anterior: en los dos o tres primeros años de de cada ciclo, es la producción la que toma la delantera frente a los intercambios, pues el Capitalismo, “saneado” por la crisis precedente, no espera a que se abran nuevos mercados para demarrar. La producción “anticipa” en cierto sentido la ampliación de los mercados, bajo el impulso de la perspectiva alcista y la necesidad de reponer los stocks agotados.

Si examinamos ahora el movimiento que se ha desarrollado después de la última crisis, la de 1929, que en los países más grandes (Inglaterra, Estados Unidos, Alemania) ha alcanzado su punto crítico en 1932, descubriremos una tendencia inversa a la que se producía antes. Para empezar, recordemos que cuando la crisis tocó fondo, la producción había retrocedido más que el comercio mundial: a finales de 1932 no llegaba a los 2/3 del de 1929, dejando al margen a la URSS; si la incluimos, llegaría al 70%. En cambio, el volumen del comercio mundial era un 75% respecto al de 1929.

Pero a partir de 1933 la tendencia se invierte. Mientras que en el 2º semestre de 1937 los intercambios aún no han llegado a alcanzar el nivel de 1929 (98'1%), la producción ha dado un salto impresionante. Sin incluir a la URSS, el índice supera en un 6% al de 1929, y con la URSS lo hace en un 15%. Comparada con la de 1932, el desarrollo de la actividad industrial es aún más destacada: 66%, mientras que el comercio no llega al 31%. Si nos fijamos sólo en Inglaterra, las cifras son aún más significativas: septiembre de 1937...

	% respecto a 1932	% respecto a 1929
Comercio	126%	89%
Producción	151%	126%

Así pues, podemos sacar una primera conclusión. Al contrario de lo que ocurría anteriormente, hoy es el mercado interior de cada Estado el que gana por la mano al mercado exterior. Por tanto, hay que plantear inmediatamente la cuestión: ¿dónde halla salida esta producción, dado que la Burguesía –a pesar de agitación demagógica de aquellos que la ayudan a salvaguardar su régimen de explotación– no muestra la menor preocupación por las necesidades de las masas ni pretende ampliar su poder de compra, sino que más bien multiplica sus esfuerzos por comprimirlo aún más, tal y como veremos al final de este estudio?

En realidad, el reflujó de la actividad industrial hacia los estados nacionales no es más que la consecuencia de la detención del desarrollo *extensivo* de los mercados, que se corresponde con la decadencia capitalista*. De ahí es de donde surge esta corriente que empuja al Capitalismo mundial hacia una transformación estructural de su economía... De ahí esa orientación hacia el nacionalismo económico, la resuelta afirmación de la política autárquica (también en los Estados democráticos), la instauración del

* Sobre este tema, se puede consultar en el nº 3 de *Communisme* (15/6/1937) el artículo “Tendencias de la evolución capitalista”.

mecanismo de los cupos y de los monopolios estatales de todo tipo, todo un conjunto de fenómenos sobre los que también volveremos luego.

De momento nos limitaremos a afirmar que esta inevitable adaptación del Capitalismo a su fase de decadencia requiere que las fuerzas productivas, ahora privadas de sus mercados “naturales”, se dirijan a la producción de guerra. Una vez más, las cifras disiparán cualquier duda al respecto.

El verdadero significado del aumento de la producción mundial, que en septiembre de 1937 es un 66% superior a la de 1932 y un 15% superior a la de 1929, no se puede entender como es debido sin tener en cuenta el movimiento general de la producción metalúrgica y, particularmente, el de la producción de acero. Entonces se puede uno dar cuenta de que el impulso industrial proviene principalmente de este último sector. No obstante, desde el punto de vista mundial, el hecho de que, comparado con el de 1929, el aumento del porcentaje de la producción de acero no supere el de la producción total (+ 15%) parece desmentir esta conclusión, pero lo que ocurre es que la aparición de nuevos factores (entre los cuales la URSS es el más importante) falsea algo los datos. Por el contrario, las cifras de los principales países productores confirman claramente lo que decimos. Júzguese la siguiente tabla:

INDICES DE PRODUCCIÓN (volumen)

	1932 = 100		1929 = 100		1913 = 100
	Producción (Índice de septiembre de 1937)		Producción (Índice de septiembre de 1937)		Producción de acero (Índice de septiembre de 1937)
	Total	Acero	Total	Acero	
Mundial (URSS incluida)	175	271	115*	115	169*
Inglaterra	151	256	126	131	180
Alemania	225	350	120	124	115
Estados Unidos	173	390	93	95	170 (200 en mayo del 37)
Francia	100	140	69	82	170
Bélgica	128	150	85	103	184
URSS	240	300	410	358	413

* Valor aproximado

Para Inglaterra, vemos que el índice respecto a 1932 ha progresado menos que el de la producción mundial, mientras que el de 1929 supera el índice mundial, así como los índices del resto de países (salvo la URSS). Para poder entender este aparente contraste, basta con recordar que la economía inglesa estaba ya en crisis desde 1926 y que en 1929 su nivel productivo ya estaba por debajo del nivel mundial.

Alemania y en los Estados Unidos llegaron en 1932 al fondo de la depresión, por lo que, partiendo de esta fecha, el progreso relativo ha sido más acusado que en otros Estados. La producción metalúrgica de Alemania se ha multiplicado por 3'5 y la de Estados Unidos casi se ha cuadruplicado. Sin embargo el nivel norteamericano es un 7% inferior al de 1929, y la producción de acero es un 5% inferior, mientras que en este aspecto el progreso alemán es de un 24% (Inglaterra 31%). Y es que los Estados Unidos, con el frenesí del crédito, pudieron mantener su producción a un nivel más alto que Alemania hasta el umbral de la crisis.

Por último, Bélgica y sobre todo Francia están muy por debajo del nivel de 1929. Sin embargo, hay que señalar que ambas se han podido beneficiar del progreso de su industria metalúrgica desde 1932. Pero sólo Bélgica ha conseguido elevar su nivel de producción de acero por encima del de 1929, mientras la de Francia no ha alcanzado más que un 82%. Sus índices son los más bajos de los países que hemos escogido, y confirman las características que ya hemos analizado en el estudio dedicado específicamente al periodo del Frente Popular*. En cuanto a las particularidades de la economía belga, las analizaremos más adelante.

Si pasamos a la última columna de la tabla para comparar los dos periodos culminantes de la política armamentística (1913 y 1937), resulta que 1937 registra un aumento considerable de la producción total de acero, que supera en un 70% a la de 1913. Sólo Alemania, con un aumento del 15%, parece ser la oveja negra, pero se trata de una mera apariencia, pues sabemos que en 1913 se hallaba a la cabeza de esa carrera que condujo a la masacre de 1914. Hay que señalar, en cambio, que el resto de países tienen un índice superior al mundial. En cuanto a la URSS, aunque ya era el 5º productor mundial de acero, ha cuadruplicado su producción, dando un salto que hoy le sitúa en el tercer puesto, inmediatamente después de los Estados Unidos y Alemania. Este es el verdadero significado del “socialismo en un solo país”, y la prueba es que los planes quinquenales han contribuido a integrar la economía soviética en ese proceso capitalista que ha levantado las economías de guerra.

Ya hemos subrayado la desigualdad del ritmo entre el movimiento de los intercambios internacionales y el de la producción. El predominio del proceso autárquico tiene otras consecuencias: un cambio en la proporción de los productos intercambiados en el mercado mundial y una transformación de la esfera productiva. Así, de 1932 a 1936, el volumen del comercio de los productos alimenticios cayó un 4% bajo la presión de un proteccionismo agrícola agravado por el nacionalismo económico, y comparado con el de 1929, era un 15% inferior. En cambio, bajo la influencia de las necesidades de los programas armamentísticos, el intercambio de materias primas y productos industriales ha aumentado respectivamente un 17% y un 28% respecto a 1932. Sin embargo, es el comercio de materias primas el que más se acerca al de 1929 (95%), mientras que el de productos fabricados permanece un 25% por debajo.

En el terreno de la producción, el volumen de la producción alimenticia, entre 1932 y 1936, se mantiene al nivel de 1929, a pesar del aumento de población del globo, mientras que el volumen de materias primas ha aumentado un 47% (superando un 5% al de 1929) y la actividad industrial un 62% (es decir, un 11% por debajo de la de 1929).

Podemos afirmar, pues, que si bien el comercio mundial ha logrado alcanzar prácticamente su nivel de 1929, esto se debe principalmente a la actividad que implica el intercambio de los productos necesarios para llevar a cabo los programas armamentísticos, así como a las perturbaciones retrógradas que se manifiestan en el seno de la división mundial del trabajo, y no a los intercambios “complementarios” que dependen de esta división del trabajo, como ocurría en el periodo de ascenso del Capitalismo.

En un terreno puramente económico, esta constatación se traduce del siguiente modo: el mecanismo del comercio mundial ya no se rige hoy esencialmente por la “ley” de la concurrencia que llevaba a reducir constantemente los precios de producción y constituía el motor del progreso en el contexto del sistema capitalista. El Capitalismo, viéndose obligado a adaptarse a su crisis de decadencia, ha decidido dejar de “costear los gastos” de una ruinoso carrera que choca además con la infranqueable barrera del creciente

* Véase *Communisme* nº 7 y nº 8.

intervencionismo del Estado burgués. Ha puesto fin deliberadamente a la desastrosa práctica del dumping, que en último término amputaba el capital nacional en beneficio del capital “extranjero”. Y con esto no nos referimos al ejemplo del dumping japonés, pues este es fruto de una explotación inaudita de la fuerza de trabajo (“pagada” casi a 50 céntimos la hora en nuestro papel-moneda) y no de una “prima” sobre el intercambio.

Más que tratar de aumentar el volumen de las exportaciones, que es una empresa que cada vez más arriesgada, vana y costosa, el objetivo de todas las burguesías nacionales es conservar y realizar en el exterior una *masa* satisfactoria de ganancia.

Tal es así que hoy son las exigencias del “repliegue nacional” las que presiden el juego del comercio internacional: intercambiar la *menor* cantidad posible de mercancías “indígenas” por la *mayor* cantidad posible de mercancías “extranjeras”, para así poder asegurar el “equilibrio” de las economías de guerra, empezando por lograr el equilibrio en la balanza comercial. Pero con esta política los “ganadores” no son precisamente –ni siempre– los países que normalmente se supone, a saber, los países más ricos, los Estados “democráticos”. Sino que son más bien los países “pobres”, o dicho de otra forma, concretamente aquellos en los que se ha instaurado la dictadura fascista (para lograr hacer frente a las necesidades más draconianas que exige la organización de la guerra), los cuales además han disfrutado en cierta medida, de cara a la realización de su programa totalitario, de la solidaridad económica de las “Democracias”, pues éstas les suministraron su apoyo político y material cuando de lo que se trataba era de someter al Proletariado en los centros neurálgicos de los antagonismos sociales, es decir, ante todo en Italia y Alemania.

Comparando el comercio de los 8 países que son los principales acreedores con el de los países que podemos considerar como “deudores”, se pueden sacar lecciones de provecho. La primera es que las importaciones de los Estados “ricos” (Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia, Países Bajos, Suiza, Bélgica, etc.) han aumentado de 1934 a 1936 un 13%; las de los países “pobres”, sólo un 6%. En cambio, las exportaciones de los primeros han aumentado un 4%, mientras que las de los segundos lo han hecho un 14%. Por tanto, el déficit de la balanza comercial de los Estados acreedores aumenta, mientras que la balanza de los países deudores se vuelve favorable, y el superávit que registra esta balanza ha aumentado un 150% en estos tres años. Evidentemente se podría alegar que en último término lo que cuenta no es la balanza comercial, sino la balanza contable, que es positiva en el bloque de los Estados ricos y es lo que determina su posición como acreedores. Sin embargo, el que una balanza contable sea deficitaria no significa que la situación de ese país sea crítica. No hay que perder de vista que, si bien, por ejemplo, en Alemania la balanza fue positiva en 1931, 1932 y 1933, la vuelta al déficit en 1934 no ha impedido al Fascismo financiar el gigantesco programa de rearme y el plan de los “Cuatro Años”. Esta capacidad se explica fácilmente gracias al régimen de control dictatorial y absoluto que se desarrolla en las economías fascistas y que hace posible la moratoria de las deudas, la prohibición de la salida de capitales, la repatriación de capitales “extranjeros que pertenecen a la nación”, la inexistencia de capitales muertos (o de oro inmovilizado en las arcas de los bancos de emisión), la movilización de todos los recursos económicos y el equilibrio relativo del comercio exterior y de los pagos gracias al empleo de los “clearings”. Atendiendo a la debilidad, por lo demás relativa, de los medios de producción de Italia, parece sorprendente su capacidad armamentística, pero es que ésta sólo se podía desarrollar con el apoyo efectivo de las Democracias. Comparado con el de 1935, Alemania se ha podido beneficiar de un aumento del 15% del valor de sus exportaciones en 1936; sus ventas de productos fabricados superan incluso a las de Inglaterra y los Estados Unidos. Francia, para lograr la liquidación de sus cuentas de clearing con Alemania, ha tenido que aceptar un aumento de sus importaciones de productos alemanes. Estos clearings (pago de la diferencia) juegan

además un importante papel en la política económica de los Estados fascistas. Por ejemplo, en los Balcanes, Alemania los emplea con maestría para aumentar su influencia económica en perjuicio de los Estados occidentales. El próspero juego de los clearings también ha permitido a Italia aumentar sus importaciones y aprovisionar de esta manera su economía de guerra.

En resumen, podemos afirmar sin vacilar que la política centrípeta de “seguridad” económica que preside la organización más o menos acelerada de las economías de guerra nacionales –y que ha ido adquiriendo predominancia dentro de cada Estado– no impide fundamentalmente el ejercicio de la solidaridad de clase de las diversas burguesías, todo lo contrario, la solidaridad se impone como una necesidad para que la “nueva política económica” del Capitalismo mundial pueda expandirse plenamente.

Así se puede comprender más fácilmente que, en Bélgica, la “renovación” económica que se inició a partir de 1935 no ha sido otra cosa que una participación “oportunista” en la “reactivación” mundial orientada hacia la producción de guerra, producción que la devaluación no ha hecho más que impulsar al llevar a cabo un “saneamiento” previo del capital productivo y sobre todo de los salarios, que como sabemos constituyen en Bélgica una importante fracción de este capital. Debido a su posición subordinada dentro del tablero internacional y a sus particularidades estructurales, el Capitalismo belga evidentemente no esperaba lograr la mejor parte de este “festín” de armamentos, pero las alabanzas de todos los que acompañaron a la Unión Nacional –hasta que surgieron nuevos obstáculos– fueron el índice que permitió medir los resultados sustancialmente obtenidos. El siguiente cuadro nos mostrará además que no todos los méritos son de Van Zeeland y que los gobiernos de los “Banqueros” Jaspar y Theunis tienen derecho a reclamar una parte de los laureles, pues en cierta medida contribuyeron a que el movimiento de la economía belga se incorporara al ciclo mundial que se abrió a partir de 1933.

INDICES DE PRODUCCIÓN (volumen)

BÉLGICA	Producción				
	1932 = 100		1929 = 100		1913 = 100
	Total	Acero en bruto	Total	Acero en bruto	Acero en bruto
1933	103	98	71.4	67	124
1934	104.8	106	72.3	72	132
1935	120	108.6	83	73.7	131
1936	126	114	87.1	77	140
1937 (8 meses)	128	148	88.5	100	185
1937 (septiembre)	128	148	89	100	-
Mundial (URSS incluida, en septiembre 1937)	175	271	115	115	169

En el punto culminante de su progreso (junio de 1937) la producción belga aún está muy por debajo del nivel alcanzado por la producción mundial, y sólo supera a Francia.

Comparado con 1932, el aumento de la actividad industrial es sólo del 28% frente al 75% mundial, y para el acero un 48% frente a un 171%. Comparado con el de 1929, el índice general de Bélgica (8 meses de

1937) es un 12% inferior, mientras el índice mundial es un 15% superior. Para el acero, el progreso es más sensible, pues el índice de 1937 alcanza al de 1929, que era relativamente superior al índice mundial.

Es importante señalar que casi hasta el tercer trimestre de 1936 la producción total superaba a la de acero*. La tendencia se invirtió tras el inicio de los programas de armamento alemanes e ingleses, a los que se ha venido a añadir el de la Burguesía belga; a partir de entonces podemos ver como el índice del acero supera al general, dando un salto del 77 a 100 y alcanzando el nivel de 1929, lo que supone un progreso del 30% en tan solo unos meses. Pero a pesar de la exportación masiva de acero, el hecho de que prácticamente las 2/3 partes de la producción de acero se venda en el interior, cuando en 1929 sólo se vendía 1/3, demuestra que en Bélgica también el mercado nacional tiende a convertirse en el predominante, bajo la propia presión de los nuevos factores que hemos puesto en evidencia y cuya particular influencia sobre la economía belga analizaremos más tarde.

Para convencernos aún más, bastaría con echar un vistazo a la columna de 1913 y ver que la producción de acero en Bélgica ha superado el índice mundial en 1937: 185 frente a 169, y esto, una vez más, a pesar de la contracción de las exportaciones. Esto significa que aunque la política de armamentos que lleva a cabo la burguesía belga es menos acentuada que en otros Estados más grandes, debido a sus particularidades socio-políticas, no por ello deja de verse arrastrada por esa tendencia del Capitalismo mundial, logrando unos resultados materiales que ya son impresionantes.

Unos resultados que se reflejan sobre todo y con claridad en los balances. La industria siderúrgica es la que ha recuperado una mayor tasa de ganancia. En efecto, el rendimiento medio que reconoce la industria globalmente se eleva en 1936 al 4'91%, frente al 2'71% en 1935. El del sector metalúrgico logra una tasa del 6%, que con el salto de 1937 se verá ampliamente superada. Además, ciertamente la devaluación ha amputado considerablemente el Capital productivo de las empresas metalúrgicas, en perjuicio de los prestatarios, naturalmente: pues el capital prestado, que en 1928 representaba un 20% del total, ascendía en 1934 al 57%, en vísperas de la devaluación. Ésta significó que cada franco no devaluado que se había prestado podía pagarse con un franco devaluado, lo cual debía evidentemente repercutir favorablemente en los precios de coste, pues la devaluación redujo automáticamente el *valor* de los elementos *fijos* que entran dentro de los precios de coste (precio de la maquinaria), y por tanto fortalecía el armazón financiero del aparato productivo.

Ahora tenemos que volver a la observación que hemos hecho al comienzo, que se desprende de la comparación entre la evolución de la producción y el comercio. Lo que vale para la economía mundial también vale para la economía belga, tal y como se puede ver en esta tabla:

	Producción (volumen)		Comercio (volumen)	
	1932 = 100			
	Bélgica	Mundial	Bélgica <small>Importaciones y exportaciones</small>	Mundial
1933	103	113	99.2	100
1934	104.8	123	101.6	105
1935	120	138	100	109
1936	126	160	107.4	115
1937 (8 meses)	128	166	121.8	131

* El progreso inicial, efectivamente, se debe sobre todo a los fenómenos de reanimación económica que acompañaron a la devaluación, más que a la producción de guerra propiamente dicha.

Aquí también se observa que a partir de 1932 el ritmo de la producción supera al de los intercambios, y si bien el índice del comercio tiende a alcanzar al de la producción en 1937, esto se debe sobre todo al impulso de las masivas exportaciones de acero y no a una ampliación general de la corriente de los intercambios. Los movimientos comerciales de los 8 primeros meses de 1937, efectivamente, sufren la clara influencia de la carrera armamentística mundial y del desarrollo de los conflictos imperialistas en España y Asia: aumento del 20% respecto a 1936 de la cantidad de acero exportada; aumento de las exportaciones a España un 79%; a Japón, un 147%; a Alemania, un 37%, unas tasas que superan a la tasa global del 29% (en valor).

Pero comparado con el de 1929, el nivel del comercio belga (en volumen) en 1937 es incluso un 14% inferior y, en valor, a pesar de la depreciación del franco, aún está un 25% por debajo del nivel de “prosperidad” de antes de la crisis, aunque comparado con el de 1932 haya aumentado un 65%.

Señalemos además que la economía belga no ha podido seguir el progreso de la economía mundial, ni en lo que respecta al terreno de la producción ni al de los intercambios.

El Sr. Van Zeeland, en su último informe, ha creído conveniente colocar entre los activos del balance de su gestión el equilibrio casi completo que han alcanzado las exportaciones y las importaciones. Pero esto no cambia para nada este hecho brutal: que las bases del comercio exterior son y seguirán siendo más estrechas de lo que eran antes, y que este fenómeno firma la condena irrevocable del Capitalismo.

Que no se molesten los demócratas-demagogos en relacionar el equilibrio de los intercambios con una “mejoría”, pues este mérito también se lo podemos atribuir a la gestión fascista. Mejor que nos digan por qué, por ejemplo, en 1913, cuando las exportaciones sólo representaban 2/3 de las importaciones, nadie decía que la situación era catastrófica, ni tampoco cuando se llegó a cima de la prosperidad de posguerra, en 1929, cuando las ventas también eran inferiores a las compras en un 11%. Ciertamente ha habido un progreso, pero en el sentido de que se está desarrollando una etapa del programa imperialista que pretende consolidar el dominio burgués organizando la esclavitud política y la miseria económica de las masas.

Pero este aspecto del problema lo examinaremos en el próximo número.

Ni el más rezagado de los “libertarios” de la economía clásica puede negar el fenómeno quizá más característico de la decadencia capitalista: la desarticulación de la economía mundial, la profunda alteración de la división internacional del trabajo tal y como ésta había surgido espontánea y anárquicamente, a través de la supervivencia de los más “aptos” en un sistema de producción para el mercado. Resulta que el Estado capitalista, aunque conserve su antiguo caparazón democrático, se vuelve “totalitario” en todas partes. ¿Por qué? Porque los contrastes sociales han llegado al paroxismo y se ve obligado no sólo ya a proteger discretamente los intereses de ciertos individuos o grupos capitalistas, como ocurría durante la prospera fase expansionista, sino también a acometer el duro trabajo de salvar a la clase burguesa *en su conjunto*, frente a la permanente amenaza del que Marx llamaba el “*enterrador histórico del Capitalismo*”: el Proletariado.

Si hacemos caso a las palabras del “técnico” Van Zeeland, que acaba de divulgar su famoso informe, “*la autarquía*” es “*la fractura, la sarna, la procedencia de todo mal*”; “la autarquía” supuestamente es el origen de la parálisis del comercio mundial y de la crisis económica: el efecto se convierte en causa, y viceversa. ¿Pero es que acaso podemos esperar que el Capitalismo firme su propia e irrevocable condena?

¿Acaso va a renunciar a esa política del engaño que tan buenos resultados le ha dado hasta ahora gracias a la sacrificada ayuda, o cuando menos desinteresada, de los líderes “obreros”?

Las directivas que ha propuesto Van Zeeland para equilibrar la máquina capitalista y regular su funcionamiento nos sacan de dudas. La cuestión de la búsqueda del “bienestar de las masas” sólo se saca a relucir para disimular que en realidad ese mismo bienestar está siendo pulverizado (dado por buena la absurda hipótesis de que haya existido alguna vez) bajo el peso de las necesidades implacables que plantea la decadencia de la sociedad capitalista.

Existen otros proyectos burgueses, menos hipócritas y reticentes a la hora de enfocar resueltamente la perspectiva de lo que definen como un “empobrecimiento” de la vida social.

Como ya hemos dicho, la producción de guerra es ya predominante en la vida económica *mundial*, y esto sólo es posible en perjuicio de la producción destinada al consumo, es decir, de las necesidades sociales propiamente dichas. Los presupuestos militares *reconocidos oficialmente* son tres veces más altos (suponiendo que parten de idéntica base) que los de 1913 y la masa de trabajo que se aniquila en la producción “autárquica” que alimenta a la economía de guerra es incalculable. El “progreso” del Capitalismo en descomposición es innegable, pero en el sentido de que conduce a la instauración de un régimen de guerra... antes de la propia guerra. Cuatro años de masacre imperialista (1914-1918) no fueron suficientes para alumbrar esta especie de mecanismo de relojería que está en marcha actualmente en Alemania.

En aquella época bañada de optimismo en la que se originó la industria moderna, hace 75 años, Marx señalaba que el Estado capitalista a la sazón más evolucionado, el Estado inglés, mostraba al resto de países el futuro que les aguardaba. Hoy podemos ver claramente que esta afirmación tenía un carácter relativo y no absoluto. Pues sabemos que si bien el Capitalismo ha conquistado el mundo entero, no por ello han dejado de existir múltiples formaciones precapitalistas más o menos evolucionadas. Pero lo que nos interesa actualmente es esto: dado que el propio capitalismo ha agotado sus posibilidades históricas y que por tanto se debate en las convulsiones de una crisis permanente, la evolución trazada por Marx hoy se desarrolla al revés. El proceso dialéctico, al invertirse, provoca el desarrollo de unos fenómenos retrógrados que han adquirido unas formas ya acabadas en los países más capitalistas, allí donde los contrastes sociales alcanzan tal intensidad que llegan al paroxismo. Por eso hoy podemos decir que Alemania muestra al resto de Estados, a todos, la suerte que les espera, aunque por supuesto el sistema burgués bien puede arrojar a la sociedad a una nueva barbarie antes de que esto suceda. Pues, por paradójico que pueda parecer, no le queda otra alternativa más que “organizar” la destrucción de las riquezas acumuladas así como la destrucción del Proletariado. El Estado fascista alemán (también el italiano) ya ha mostrado y empleado las vías y los medios prácticos para realizar este “programa”. Éste es el significado que tiene el llamado plan “de los Cuatro Años” (que no quiere decir que se vaya a limitar en el tiempo) para el conjunto del mundo capitalista, y los sarcasmos de los rebaños antifascistas no tienen nada que hacer ante esta evolución que, aunque se desarrolle a un ritmo desigual, introduce la gestión hegemónica del Estado tanto en los países democráticos como en aquellos en los que la bota fascista ha aniquilado toda organización proletaria. En realidad, este famoso plan no es otra cosa que una movilización total de la economía, que como hemos dicho debe desembocar en un verdadero estado de guerra sin guerra.

Actualmente, en Alemania, el Estado ejerce un control casi absoluto en la contratación y el despido de los asalariados, fija el nivel de los salarios y el de los precios, dirige el funcionamiento de los organismos de producción, de reparto y de consumo, el empleo de los capitales, el mecanismo de los empréstitos públicos, las tasas de interés y de descuento, la distribución de los dividendos y la forma de calcular las

amortizaciones y los beneficios, el aprovisionamiento de materias primas y productos alimenticios, en fin, controla el comercio exterior.

Y que nadie piense que estos son unos fenómenos *específicamente* fascistas. La instauración de un régimen político fascista ciertamente permite su plena expansión; pero la dictadura nazi, empujada por la necesidad, lo único que ha hecho ha sido desarrollar una tendencia ya iniciada en el régimen de Weimar. Lo importante es la naturaleza del proceso social y no las formas bajo las que se despliega. Si Hitler ha logrado de un hachazo lo que Van Zeeland ha obtenido (ciertamente de forma menos perfecta y a un paso más ralentizado) con la ayuda de los líderes “obreros”, simplemente se debe a diferentes circunstancias históricas. Pero Van Zeeland, al igual que Hitler, ha franqueado ya la etapa más “progresiva” de la decadencia capitalista y ambos se han visto obligados a acentuar la política de drástica reducción del nivel de vida de las masas, ya inaugurada por sus predecesores tras el surgimiento de la crisis mundial.

De ahí la creciente contradicción entre la producción de guerra y la que responde a las necesidades esenciales de la población.

En nuestro estudio del mes pasado¹ hablamos de la contradicción entre los intercambios internacionales y la producción mundial.

Tal es así que pudimos constatar que en todos los países se ha producido una reducción de las importaciones de productos alimentarios en beneficio de las materias primas necesarias para fabricar armamento. Los dos bloques políticos que parece que se oponen más claramente, Francia y Alemania (Frente Popular y Dictadura Fascista) revelan en este sentido tendencias idénticas. Al comparar los años 1936 y 1937 en Francia, podemos ver que si bien el conjunto de las importaciones ha aumentado en volumen un 20%, las de productos alimentarios han descendido un 6% y no representan más que un 10% del total de 1937, frente al 13% de 1936. En cambio, la compra de materias primas ha aumentado cerca de un 24%, y suponen un 86% del total frente al 83% del año anterior. Esta relación no se modifica sensiblemente si tomamos las cifras correspondientes al valor y no al volumen. Y en Francia esta tendencia aún está en sus inicios. En Alemania, los alimentos importados, en valor, han pasado del 31% en 1928 al 24% en 1935, mientras que las materias primas han subido del 51% al 62%. Aunque no disponemos de cifras para los años 1936 y 1937, esta tendencia ciertamente se ha acentuado.

En el terreno de la producción se manifiesta el mismo desfase. En Alemania, en 1935, comparado con el bajo nivel de 1932, la fabricación de instrumentos de producción y de bienes “duraderos” (léase productos para la guerra) había aumentado respectivamente un 137% y un 232%, mientras que la de productos de consumo de primera necesidad sólo aumentaba un 24% y el índice general subía un 91%. En Francia, mientras que el índice general en septiembre de 1937 ha bajado un 10% respecto a 1933 y el de la industria textil ha caído un 40%, el de la metalúrgica ha aumentado un 21%.

Pero a la hora de determinar el nivel de consumo no sólo interviene este factor cuantitativo, pues el factor cualitativo cada vez va adquiriendo mayor importancia. Y de nuevo el ejemplo alemán es revelador a este respecto.

En primer lugar hay que decir que la estabilización (relativa) de los precios se debe a un empeoramiento de la calidad de los productos. A partir de ahora un obrero usará tres pares de zapatos de cuero comprimido en lugar de los dos pares de cuero ordinario que usaba antes; lo cual supone que sus

¹ Se refiere a la primera parte del artículo (nº 10 de *Communisme*), hasta la página 10 de este documento.

gastos en calzado aumentan un 50%, o más bien que su vestimenta se deteriora un 33%, pues evidentemente el obrero no se comprará, en el mejor de los casos, más que dos pares de zapatos. Lo mismo ocurre con los tejidos compuestos de Zellwolle (fibra textil artificial que hoy sustituye a la lana). Así, podemos decir que la famosa e infructuosa ley del *máximum general*² promulgada durante el Terror Jacobino de 1793, se cumple de manera encubierta en el año V de “la era fascista”. En segundo lugar, las restricciones de todo tipo que se ejercen sobre el poder adquisitivo de los obreros provocan el aumento de la demanda de productos de calidad inferior, lo que exime al Estado de introducir el sistema de la cartilla de racionamiento, tanto más en la medida en que no parece preocuparle que esto desemboque en una grave escasez de alimentos de primera necesidad, pues Alemania supuestamente puede subsistir con patatas, centeno, azúcar y leche.

Mediante una especie de racionamiento indirecto, “invisible”, de los productos deficitarios, mediante el encarecimiento de los productos de mejor calidad y su sustitución por sucedáneos, el fascismo puede perfectamente reducir el consumo al estrictamente compatible con la “paz” social. ¡Y a los antifascistas que apuestan por el hambre o la catástrofe económica les tocará pagar!

Bélgica, al igual que el resto de países “ricos” junto a los que vive (Francia, Inglaterra), no puede eludir la transformación estructural que le impone la evolución del Capitalismo mundial, un proceso que en Alemania, como acabamos de señalar sumariamente, se ha traducido en unas exacerbadas formas autoritarias, concentradas hasta el límite. Expliquémonos bien. No estamos diciendo que el esquema alemán se vaya a reproducir idénticamente y que vaya a dar lugar a tantos ejemplares como naciones existen. Una vez más debemos fijarnos, no ya en los aspectos exteriores de los fenómenos cuyo sentido tratamos de descifrar, sino en su significado histórico, así como en la universalidad de sus manifestaciones.

Antes hemos dicho que Bélgica también había seguido, aunque a un ritmo más lento, ese movimiento de reanudación económica basado esencialmente en la producción de guerra. Por su parte, los elementos más clarividentes de la burguesía belga ya no se molestaban en disimular que la adaptación de la economía a la creciente tendencia del repliegue nacional o “autárquico” era algo ineluctable, lo que no es más que el aspecto que adquiere *para el capitalismo* el problema de la revuelta de las fuerzas productivas contra el modo burgués de producción.

Hace poco, el economista Baudhuin, cuyo optimismo y liberalismo clásico ya conocemos, planteaba la siguiente cuestión: “*¿Seguimos siendo un país transformador y exportador de vidrio? No estoy seguro (!)*”. Y el propio Baudhuin avanzaba una respuesta: “*el mercado interior (subrayado por nosotros) debe ser capaz de garantizar un mercado para la mayor parte (subrayado por nosotros) de la producción nacional. La tendencia a exportar productos acabados no creo que sea compatible con la evolución que estamos atravesando en estos últimos años*”. Esto confirma lo que hemos señalado antes, a saber, que el mecanismo de los intercambios exteriores está subordinado a las necesidades internas. Y efectivamente, en Bélgica, como en otros sitios, asistimos a una gradual transformación de los intercambios, que está relacionada con la llamada política de “Renovación Nacional”, que en realidad es una política impuesta por las circunstancias y muy parecida a la que ya existe, bajo formas más evolucionadas, en los países fascistas, en los que el comercio exterior está ya totalmente al servicio de la economía de guerra.

² La ley del *máximum general* de 1793 establecía un nivel máximo para los precios y los salarios.

Tal es así que las importaciones de la Unión belga-luxemburguesa han seguido esta vía: mientras que en 1935 los productos alimenticios representaban un 11'4% del volumen total de las compras, han bajado hasta el 10% en los 10 primeros meses de 1937. En valor, la reducción es del 20% al 18'4%. En cambio, las importaciones de materias primas han pasado del 86'2% del total al 87'7%, en volumen, y del 51'2% al 57'4% en valor. En las exportaciones, la proporción de materias primas (hierro y acero) también ha aumentado si la comparamos con la de productos fabricados.

Y en la esfera de la producción ocurre otro tanto, las empresas que trabajan para satisfacer las necesidades del consumo retroceden ante las que alimentan los armamentos y las necesidades que estos requieren.

Para coordinar las manifestaciones de esta tendencia incoercible, el gobierno de Van Zeeland creó, al mismo tiempo que una Comisión de Contingentes³, una Comisión de Orientación Industrial (C.O.I.), que hace ya un año que emitió un informe enunciando unas significativas directrices para la reforma estructural de la economía belga, reforma que necesariamente debía ir acompañada de la refundación del aparato estatal, al que acaban de incorporarse las organizaciones obreras. Unas directrices que, en resumen y dadas las particularidades y las diferencias que existen entre ambos tipos de regímenes políticos, son sustancialmente idénticas a las que han puesto en vigor Mussolini y Hitler: desarrollo de las fuerzas de destrucción en detrimento de las necesidades de las masas, llevar el intervencionismo estatal hasta el límite, maniatar a las organizaciones obreras, si no destruirlas, movilizar todo lo posible el poder coercitivo y represivo del Estado, y todo para parar las posibles reacciones del Proletariado y, si es necesario, ahogarlas en sangre.

Una vez aclarados sus objetivos, se van revelando los contornos del Socialismo-nacional (o nacional-socialismo) de los Spaak, De Man y consortes* ... y entonces el discurso de De Man en Anvers adquiere pleno significado: definir al partido socialista como "un partido gubernamental al cien por cien", lo que quiere decir evidentemente acoplarlo como un engranaje necesario al frente de las maniobras de la máquina capitalista, en un periodo en el que los acontecimientos tienden a precipitarse. Lo mismo ocurre con el Plan de Trabajo, *"que más que nada es el reflejo, en un programa, de la transformación de un partido de oposición a un partido de gobierno"*. A este socialismo "realista", pues, le corresponde la tarea de atar a los obreros al "interés general", es decir, al interés *general* de la clase capitalista, del que el Estado se ha convertido en el guardián absoluto ante y contra toda veleidad de resistencia de ciertas capas burguesas. Por eso De Man puede presumir de que los socialistas son *"los verdaderos garantes de la constitucionalidad y el orden frente a los peores enemigos de las instituciones nacionales, que hoy en día son los reaccionarios"* (es decir, los tercos que se obstinan en no comprender lo que necesita hoy el capitalismo). Con toda razón el P.O.B. (flanqueado por los repugnantes demagogos estalinistas) habla de *su* Estado, de *su* ejército y de *sus* gendarmes, confesando cínicamente que no es un partido revolucionario ni un partido de clase, sino *"un partido de gobierno constitucional y nacional"*.

Por otra parte, tanto en la oposición a los "gobiernos de los Banqueros" como cuando gobernaba junto a Van Zeeland, ¿acaso el P.O.B. no contribuyó a desbrozar el terreno sobre el que se han levantado los cimientos de la economía de guerra que ofrece una salida a los contrastes capitalistas?

Y, ¿cuál es el balance desde una perspectiva obrera? Eso es lo que vamos a examinar a continuación.

³ Los contingentes cuantitativos o cupos establecían límites a las importaciones.

* Ni que decir tiene que la pseudo-oposición "anti-socialismo-nacional" de los Vandervelde, de otros izquierdistas y de los estalinistas, lo único que hace es engañar aún más a los obreros.

A decir verdad, la tarea es difícil, teniendo en cuenta los complejos factores que determinan el nivel de vida. Y la imprecisión de los instrumentos de medida que existen no lo pone más fácil: las estadísticas o son defectuosas o están incompletas, o bien no existen para determinadas cuestiones y a menudo se falsifican. Sin embargo, disponemos de unos elementos bastante significativos que nos permiten sacar unas conclusiones generales. Y como podremos observar, éstas son claramente negativas.

En realidad el estándar de vida depende principalmente de cuatro factores, a los que vamos a limitar nuestro análisis: el salario nominal, el poder de compra del salario, el gasto de fuerza de trabajo y la incidencia de las “leyes sociales”.

Medir exactamente las fluctuaciones del salario es algo imposible. La patronal no revela sino una parte de sus secretos y además hay que tener en cuenta el optimismo que muestran sus cifras. Sin embargo, la tabla que publica el Banco Nacional sobre los índices de los salarios *por hora* ya revela en parte cuál es la verdadera naturaleza de la política de “Renovación Nacional” inaugurada en abril de 1935 y que sucedió a la llamada política de “deflación”.

ÍNDICES DE SALARIOS POR HORA

Categorías*	Índice General			Metalurgia			Alimentaria			Textil		
	1	2	3	1	2	3	1	2	3	1	2	3
Abril 1935	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100
Abril 1936	104.4	104.3	104.4	105.5	106.6	105.5	100	101	102.1	105.7	106.8	104.5
Dic. 1936	113.2	114.1	117.5	116.6	117.5	122.0	107.4	107.4	113.0	115.0	116.0	116.8
Sept. 1937	123.0	123.9	128.5	131.1	135.1	139.5	112.7	112.7	117.3	121.8	120.4	121.3

* Categorías:

- 1 – Índice general, todos los obreros.
- 2 – Índice para los obreros cualificados.
- 3 – Índice para los obreros no-cualificados.

ÍNDICES DE SALARIOS POR HORA

Periodos	Industria de medios de producción	Industria de medios de consumo	Industria de mat. primas y productos semi-elaborados	Industria de productos acabados
Abril 1935	100	100	100	100
Abril 1936	104.3	103.3	104.4	103.3
Dic. 1936	114.1	111.0	115.5	110.0
Sept. 1937	123.8	118.8	126.6	117.5

En todos los salarios que refleja la primera tabla, la subida de la *tasa por hora* alcanza una media de un 23% durante los dos años y medio de gobierno de Unión Nacional. Pero mientras que en la industria metalúrgica el aumento supera ampliamente la tasa media (llega al 31%), la industria alimentaria y la textil

han avanzado sólo un 12'7% y un 21'8% respectivamente. Así pues en la tabla podemos ver que se refleja una de las consecuencias de la producción de guerra que hemos mencionado.

Otra cosa importante que hay que destacar es que la subida de los salarios de los trabajadores no-cualificados ha superado en todos los casos a la de los trabajadores cualificados, lo que revela una tendencia a la degradación del salario medio global y por hora. En total, la subida de la tasa por hora de los no-cualificados (categoría 3) llega al 28'5%, en la metalúrgica al 39'5%, y en la alimentaria y la textil al 17'3% y 21'3%.

Y hay que destacar también que hasta la víspera de las huelgas de junio de 1936 las subidas fueron mínimas. Es más, esta diferencia entre los salarios de los no-cualificados y los cualificados empieza a manifestarse tras las huelgas, bajo la influencia de los intentos por establecer el salario mínimo a 32 francos, un salario que sin embargo está lejos de generalizarse (en la industria textil sigue a 30 francos). En fin, existen otras diferencias en las subidas salariales dependiendo de los convenios firmados. Así, mientras la subida del índice de precios al consumo llega al 26% entre abril de 1935 y septiembre de 1937, las subidas firmadas por las comisiones paritarias no superan el 20%; y hay que tener también en cuenta que las fluctuaciones que dependen de la oferta y la demanda o de los caprichos de la patronal son del orden del 11%.

En lo que respecta ahora al salario *global*, es cierto que las subidas que se han registrado están por debajo de las de los salarios por hora, pues la consecuencia de la reabsorción del paro ha sido sobre todo una reducción del nivel de los salarios medios, lo que justifica la diferencia subrayada antes entre los salarios por hora de los trabajadores cualificados y los no-cualificados. Además, el salario individual ha subido menos que el fondo salarial total; esta es otra consecuencia más del “reparto equitativo” del trabajo disponible formulado en el Plan de Trabajo, lo que nos lleva a la siguiente conclusión: *la reducción del paro se efectúa mediante un empeoramiento del nivel de vida de los obreros en su conjunto* *.

Comparemos el salario por hora y el salario global.

Desde junio de 1936, el primero ha aumentado una media del 24% en la industria metalúrgica y un 15% en la textil, en cambio, el segundo, según afirman los bonzos sindicales, como mucho ha aumentado respectivamente un 16% y un 8%. Si bien los mineros se han visto beneficiados por una subida de casi el 25%, esto se debe unas fluctuaciones poco comunes que son fruto de la iniciativa de la patronal, que quiere retener a los obreros en la mina para aprovechar la coyuntura favorable. Además, esta subida está lejos de compensar las bajadas masivas que se operaron en marzo de 1935, que llevaron el salario base de los 52 fr. a los 35. Y aún no hemos hablado de la depreciación monetaria y de la intensificación del trabajo que supone, pues aún no hemos explicado que lo que importa no es la subida *nominal* de los salarios, sino su *poder adquisitivo*, es decir, el salario *real*. Y aquí nos topamos con el lioso problema de los precios, que no parece que el Capitalismo tenga precisamente intenciones de aclarar. Si bien se ha cuidado de “reformular” el índice numérico, ha sido para perfeccionar el mecanismo de expolio a los obreros y disimular la agitación económica, y de ningún modo para restablecer el equilibrio entre los salarios y los precios. Suponiendo que

* Los lacayos del capitalismo han presentado estos “éxitos” en la reabsorción del paro como un patrimonio de las Democracias: ahora bien, en este terreno es el Fascismo el que se lleva la palma. Y esto no es ninguna ocurrencia paradójica, pues la edificación acelerada de las economías de guerra (Italia y Alemania) ofrece un terreno más vasto para la expansión de la producción. No olvidemos que en Inglaterra los parados siguen siendo alrededor de 2 millones; en los Estados Unidos superan ampliamente los 10 millones y allí el actual recrudecimiento del paro está siendo más acentuado que en Alemania.

los salarios se adaptaran perfectamente al coste de la vida, esto no eliminaría la rebaja *creciente* del precio real de la fuerza de trabajo (racionalización, menor calidad de los productos, racionamiento en beneficio de las necesidades del rearme, etc.).

Hay que entender a qué nos referimos cuando hablamos de “poder adquisitivo”. Existe el de la Burguesía y, por otra parte, el que ésta concede al Proletariado. Son dos poderes adquisitivos de naturaleza y composición inversa: una gran parte de la renta de la burguesía se reserva para gastos suntuarios; en cambio las rentas de los obreros se consumen en sus dos terceras o tres cuartas partes en productos de primera necesidad, sobre todo en víveres. Ahora bien, sabemos que la producción de guerra (y las actividades que implica) se desarrollan a expensas de la producción de los artículos de más amplio consumo.

Si nos atenemos a las cifras oficiales, podemos ver que la subida del índice de precios al consumo, entre marzo de 1935 y noviembre de 1937 ha sido del 22% (?), pero la de los productos alimenticios ha sido del 40% y el precio del pan ha subido un 90%.

Además, como ya hemos señalado citando el ejemplo de Alemania (que se ha reproducido en Bélgica), la gama de las calidades se ha transformado completamente, *a espaldas* de los propios consumidores, lo que significa que esta relativa estabilidad de los precios, si la calidad no hubiera empeorado, se transformaría en realidad en un alza notable. Así se explica por ejemplo que las prendas de vestir se hayan encarecido menos que los productos alimenticios, pues es más difícil sustituir la calidad de estos últimos. También es cierto que la demanda de alimentos de peor calidad va aumentando bajo la presión de la subida prohibitiva de los productos de mejor calidad: esta es la cruda realidad en la que viven hoy todas las familias obreras.

La “disputa” en torno a la mantequilla y la margarina no puede ser más significativa a este respecto, y es que hemos asistido al edificante espectáculo de ver como unos representantes “obreros” se hacían pasar por publicistas de los productores de margarina. Estos últimos años, el consumo de la “mantequilla de los pobres” se ha disparado en tales proporciones que el gobierno se ha visto obligado a contingentar la producción para calmar las inquietudes del Boerenbond⁴.

Mientras que el consumo de mantequilla por habitante ha pasado de 7’5 Kg. en 1913 a tan solo 8 Kg. en 1936, el de margarina ha subido de 1’4 Kg. a 6’3 Kg., es decir, cuatro veces y media más que en 1913.

En 1913 la proporción era 5 a 1 para la mantequilla, y en 1936 es tan solo de 1’3 a 1. Y curiosamente, durante los últimos años de crisis (1929-1934) el consumo de mantequilla recuperó algo de terreno, pero fue gracias al hundimiento de los precios agrícolas.

Volviendo al poder de compra de los obreros; en cierta medida, podemos ver cuál es la tendencia de su evolución, y no hay ninguna duda de que ha retrocedido claramente. Por una parte, es cierto que hay que tener en cuenta que el aumento de los salarios por hora (23% de abril de 1935 a septiembre de 1937) ha supuesto en realidad un aumento *nominal* del salario global individual de casi un 15%; pero si por otra parte evaluamos la subida del coste de la vida en un 50% (siendo generosos y sin tener en cuenta la cuestión de la calidad de los productos), podemos ver que el resultado está lejos del nivel de vida que existía cuando este gobierno de “renovadores” se hizo cargo del poder. Y sin embargo los sonoros golpes a los salarios que

⁴ La Boerenbond (Liga Campesina, fundada en 1890) es una asociación cristiana y campesina, activa aún hoy en Flandes y el este de Bélgica.

llevaron a cabo los Jaspar, Theunis y consortes* provocaron tal fermentación entre los obreros que en febrero de 1935 De Man dijo que ya eran “*menos cinco*”. Pero luego la ofensiva capitalista tomó otros derroteros, continuando su desarrollo. La gigantesca huelga obrera de junio de 1936 trató de hacerla frente, pero sólo consiguió un breve respiro. Y hoy, cuando la miseria proletaria es más profunda que nunca, no se atisban síntomas que nos permitan vislumbrar futuros movimientos amplios de masas. ¡Es el sello de esta época! Y la prueba de que la polarización alrededor del Estado y del espíritu nacional parece que ha causado enormes estragos entre los obreros.

Pero aún nos queda por decir algunas cosas sobre la productividad del trabajo y el significado de las “conquistas sociales” de junio de 1936. En efecto, en último término, es el consumo del trabajo del obrero, que éste entrega a cambio de sus medios de subsistencia, lo que determina su nivel de vida y establece la proporción entre el capital variable y la plusvalía capitalista, es decir, la tasa de explotación del proletariado.

Para hacernos una idea del progreso de la racionalización capitalista o del modo de empleo de la fuerza de trabajo, basta con que nos fijemos en la industria extractiva y metalúrgica.

En las explotaciones hulleras, la producción de los obreros en las vetas ha aumentado un 10% entre 1934 y octubre de 1936, 29% desde 1929, 65% desde 1925 y 83% desde 1913, aunque ha sufrido una ligera contracción entre finales de 1936 y finales de 1937. En 1936, 120.000 mineros producían un 22% más que 170.000 de ellos en 1913. Además, la mecanización del arranque, que en 1913 era de un 10%, en 1932 era un 95%.

Por otra parte, el coste de la mano de obra por tonelada de carbón, que en 1930 era de 90 fr., se había reducido en 1933 a 55 francos. A pesar de la pobreza y el agotamiento de las vetas, el precio de tonelada de carbón, en 1937, era más barato que el precio mundial.

En las acerías, el rendimiento por obrero es 11 veces más alto en 1932 (404 toneladas) que en 1921 (36 toneladas).

En el proceso de trabajo, esta intensificación forzosa se ha traducido naturalmente en una extensión considerable de los accidentes de trabajo: 25% más que en 1934, 30% más que en 1932 y un 72% más que en 1922.

En cuanto a la repercusión económica de las leyes sociales, podemos decir que son mínimas, si tenemos en cuenta, por una parte, la débil influencia de las vacaciones pagadas en los precios de coste y, por otra parte, el hecho de que la semana de 40 horas, allí donde se aplica, conlleva una reducción correspondiente del salario. Además, se ha demostrado que la mayoría de los trabajadores continúan trabajando 48 horas. En el sector siderúrgico, que trabaja sin descanso, el trabajo semanal se reducirá sólo de 56 a 48 horas a partir del 1º de mayo de 1938. En las minas sigue siendo de 45 horas.

No nos engañemos, la reivindicación de las 40 horas puede asumirla perfectamente el programa capitalista. La resistencia con la que se ha topado en algunos medios industriales se debe únicamente a motivos oportunistas y no supone una oposición de principio. ¿Acaso no decía “*L’Indépendance*” del 17 de

* Recordemos que entre 1930 y 1934 el salario base de los altos funcionarios se redujo un 33%; el salario semanal, un 40%; el salario medio anual, 7.000 francos. El de los metalúrgicos, un 32%; en la industria textil, un 25%; en los transportes, entre un 24 y un 31%. Entre 1929 y 1932 la proporción de las rentas obreras de menos de 5.000 francos aumentó al 55%, la comprendida entre 5.000 y 10.000 se redujo al 15%, y la comprendida entre 10.000 y 25.000 bajó a un 30%.

diciembre del pasado año que “*en un futuro, en el propio interés del buen funcionamiento de la maquinaria económica, quizá se deba ir más allá de las 40 horas*”? No olvidemos que la reivindicación de las 40 horas, antes de que la plantearan las organizaciones obreras, se encargó de plantearla la propia realidad (el paro parcial).

Terminamos.

La propia naturaleza de una producción absorbida por los armamentos implica una enorme destrucción de trabajo y capitales, un decrecimiento continuo de las riquezas consumibles, una creciente miseria de las masas.

La crecida de la corriente autárquica barre cualquier perspectiva de mejoría *real* de las condiciones de existencia de los obreros.

Hoy, limitar la lucha del proletariado a las reivindicaciones parciales equivale a fusionarlo con el Estado capitalista, significa la adhesión y la tácita colaboración, si no consciente, con la guerra imperialista, la negación de los intereses históricos de su clase. De ahí la inanidad de los “éxitos” reivindicativos que logran estas luchas.

Hay que comprender esta idea: aunque el Estado capitalista, a partir de ahora el exclusivo garante de la “paz social”, se arrogue la tarea —que sólo a él incumbe— de dirigir la Economía a través de la Política, en último término es el móvil económico el determinante. Al Estado le corresponde arbitrar los conflictos reivindicativos, y sucede a menudo que formula y aplica unos compromisos que no se corresponden propiamente con los intereses o incluso con las posibilidades inmediatas de la patronal (Acuerdos de Matignon). Por ejemplo, el hecho de que en Francia Gignoux se haya opuesto al proyecto de Chautemps, que pretende instaurar el “moderno estatuto del trabajo”, desde el ángulo del interés fundamental de la Burguesía, no significa que Chautemps se está equivocando, sino *todo lo contrario*. Se trata simplemente de una de las múltiples incongruencias ligadas a las contradicciones de la sociedad capitalista.

En cualquier caso, hay que denunciar las maniobras de los antifascistas de todo pelaje, que consisten en contraponer la política obrera de los gobiernos democráticos al Fascismo, creando un falso contraste entre el estándar de vida de los obreros franceses, belgas, ingleses o norteamericanos y el de los obreros alemanes e italianos.

La fórmula “cañones en lugar de mantequilla” no es algo específicamente alemán. Quizá las formas de explotación sean diferentes, pero todas convergen hacia el mismo objetivo de la Burguesía: yuxtaponer al aplastamiento político del Proletariado el aplastamiento económico que exigen las leyes de la evolución capitalista.

¿La conquista de las 40 horas? ¡Pero si ya se aplica en muchos sectores de la economía alemana! En la industria textil las horas semanales se han reducido a 30... gracias a la escasez de materias primas. En las fábricas se trabaja 4 o 5 horas a la semana. Los trabajos “públicos” se basan en las 40 horas. Así mismo, el fascismo ha puesto en marcha las vacaciones pagadas y ha “perfeccionado” el régimen de la seguridad social de Weimar.

¿Y el nivel de los salarios? Nuestros antifascistas clamarán que tras el ascenso de Hitler las condiciones de vida de los obreros han empeorado un 40%. Creemos haber demostrado que en Bélgica la suerte que ha corrido el proletariado no ha sido mucho mejor. Afirman que en Alemania los salarios han bajado hasta igualar a los subsidios del paro... Pero Delattre ya dijo en febrero de 1936 que el aumento de las indemnizaciones no debía superar los $\frac{3}{4}$ del salario. ¿No demuestra esto que ambos movimientos convergen?

La cuestión de los sucedáneos tampoco es algo particular de Alemania, ni tampoco la tendencia espontánea al racionamiento. Ya hemos señalado que el fenómeno del empeoramiento de las calidades es patente en Bélgica, y que el “racionamiento” de mantequilla, por ejemplo, lo imponen las propias circunstancias.

En realidad vivimos una dramática época en la que la lucha obrera, *más que nunca*, tanto en el terreno económico como en el político, puede encauzarse e injertarse en las desavenencias internas del capitalismo: divergencias entre industriales y agricultores, entre capital industrial, capital comercial y capital financiero, entre los Trust, entre Imperialismos, entre distintos regímenes de dictadura burguesa (Democracia-Fascismo). Todos son antagonismos secundarios que terminan siempre siendo reabsorbidos en provecho del objetivo central del Capitalismo mundial: sobrevivir pasando por encima de millones de cadáveres obreros.

La tarea fundamental del Proletariado es salvaguardar sus bases de clase y de lucha contra la patronal, sin entrar en hacer distinciones entre sus distintas posturas económicas y políticas.

De esta forma, se podrá romper el círculo infernal de la economía de guerra y sustituir la catastrófica salida que ofrece la guerra imperialista por una salida libertadora, la de la Revolución proletaria.